

José María Souvirón

La ciudad y los días

1

INFANCIA



AUN no había recuerdo. Todo era tie_rno y [claro.
Las primeras campanas una mañana pura.
El primer árbol que se quejaba en el viento.
La primera canción. Y el mar bajo la luna.

Luego, un aire tranquilo vagando por el monte
y la primera flor despedazada. El campo
como una gran promesa de oro. Y una noche
(ya triste, sin saberlo del todo) el primer llanto.

La ciudad era un vago tesoro descubierto
lentamente, con goces sucesivos, y en ella
las voces primitivas de los lentos pregones
y la lluvia suave regando la alameda.

La vida no era más que una cosa ignorada.
Siempre la misma edad. Los grandes, gigantescos.
Y el olor de aquel libro de estampas, olvidado
de todos, tan antiguo, de pronto descubierto.

Pero un día el reló sonó de otra manera.
El tiempo era un caballo fugitivo y constante.
Se nacía para algo. Por algo se moría.
Supo a misterio el rezo tranquilo de la madre.

Y el viento en la ventana significó una fuerza.
La sirena en el puerto, quiso decir distancia.
La campanilla del viático, en la calle
representaba muerte. Y la luna, nostalgia:

Vagas palabras, duras, todavía sin forma,
indescifrables, pero seguras y violentas;
al recobrar el goce del sol a mediodía
y recordar la noche, ya nació en mí el poeta.

Siento el olor del mar de aquel tiempo en mi alma,
el cauto balanceo de lanchas en el puerto,
el reflejo de un mástil rizado sobre el agua
y la sonrisa blanca de un negro marinero.

De la alta catedral caen las horas pausadas
sobre el tazón oscuro de la fuente redonda,
mientras el aura tibia me acaricia los ojos
y enreda en mis pestañas ignorados aromas.

La brisa en las palmeras del parque juega y canta
con un parco susurro de vegetal aplauso
y bajan pardas hojas, despaciosas, crujientes
al cubrir el paseo con despojos dorados.

Cántico de la tarde de fiesta; serpentinas,
los violines alegres que pasaban gimiendo,
y después, la alborada del día de ceniza
fría en la iglesia oscura, fría sobre mi pecho.

Un músico ambulante con el óboe tristón,
en la esquina del viento, solo. Un aria doliente
subiendo a los balcones, mientras las golondrinas
engañaban a las macetas de claveles.

Y los raudos vencejos, al ocaso, veloces,
trazaban por el cielo rúbricas desvaídas,
al compás de las notas el jocundo organillo
que llenaba la calle de voces saltarinas.

Los faroles de invierno parpadeando, mustios,
con temblor de cristales al vendaval opuestos
y la sombra de una mujer, fugaz y negra
perdiéndose en el fondo del callejón desierto.

Conjunto enrevesado que duerme en el desván
de la memoria y surge, de pronto, inesperado.
La ciudad rodeaba mis sueños infantiles
como una mujer buena que me tuviera en brazos.

En mis venas latía su aire limpio y amante;
en mi boca vivía la sal de su marina;
en mis manos la arena de su playa indolente
y en mis ojos la sombra de su noche dormida.

¡Ay años sin memoria, todavía inmarchitos,
con la penumbra de una primera soledad:
os guardo como un claro tesoro de ternura
bajo el cielo más alto de mi bella ciudad!

2

ADOLESCENCIA

El alba presta llamas indecisas
al cuerpo adolescente
y despierta en el fondo de la vida
ímpetus que amanecen.

Como un río que apenas ha nacido,
sin conocer su ruta
las ilusiones trémulas avanzan
por la tierra desnuda.

Una tristeza dulce se acomoda
en las sombras del cuerpo,
y al abrirse las alas del amor
ya se presiente el vuelo.

Hacia las altas zonas ignoradas
del más claro destino,
tiende las limpias manos animosas
en busca de infinito.

El sol que asciende por el ancho cielo
hace entornar los ojos
y el vuelo, ciego de dulzura y fuerza,
si inicia presuroso.

Abajo, el mundo sin orillas late
como un ave cansada.
Junto a la tierra que germina, bullen
las fugitivas aguas.

Fulgura la ciudad. Atrae su brillo.
El vuelo se detiene.
Soy el dueño y señor del panorama.
Todo me pertenece.

Sus calles para mí, sus alamedas,
sus fuentes y jardines.
¡Ah de la vida! El tiempo no me importa.
¡Aquí estoy, sentidme!

¡Rendíos, arboledas rumorosas,
presentad vuestras armas.
Ensanchad vuestro cauce ante mi paso,
queridas calles blancas!

Te amo, ciudad, úyelo bien, te amo,
mi juventud se inicia.

¡Mujeres, asomaos a los balcones:
os traigo la poesía!

¡Oh silencio! ¿Qué ha sido de mi voz?

¿Nadie escucha mi grito?

Otra vez a volar. El cielo es ancho.

¡Al mar, al mar, que es mío!

Y el mar fué mi mejor amigo entonces,
confidente seguro.

Desde la playa mi canción brotaba.

¡Qué diálogo profundo!

En las rocas quedóse, como un alga
enredado mi anhelo

y agitaba en la espuma su ansiedad,
y clamaba en el viento.

O erigido en las altas escolleras

del puerto estremecido,

respiraba con mágica delicia

olvidando al olvido.

En las noches de oscura piel, el cielo

se cuajaba de estrellas

y los pinos del monte a la bahía

daban sus siluetas.

Canción mía en los pinos, despeñada
hacia el rielar lunero.

Apasionado adolescente yo era,
y el mar, mi compañero.

3

JUVENTUD

Un día llegó: audaz, fértil, temida.

Fué un grito largo, repentino, fuerte:

«¡Aquí estoy!». Se llenaron de alegría
primaveral, las naves en el puerto;

Se llenaron los campos de belleza,

las fuentes con su cántico jocundo,
el aire con su trémula grandeza.

Mágico, frente a mí, se abría el mundo.

Y, sin embargo, al fondo, una tristeza . . .

Mi juventud robusta, al viento claro
lanzó su voz, su aliento, su deseo.

Era la hora de avanzar. La aurora
se deshacía en las almenas pardas
del ruinoso castillo, contra el cielo.

Pájaros matinales me cantaban

y la ciudad, bajo mis ojos, era
igual que otra mujer, ésta desnuda,

no maternal ahora, mas rendida.

Bella ciudad. La cabellera larga
como unos montes en la lejanía,

se mostraba dorada por el orto.
Los ojos grandes como un mar dormido,
los brazos enredados en jardines;
y lo demás, triunfo prometido
oculto en la quietud de los confines.

Pero esta imagen se desvanecía
ante el ansia potente de mis ojos.
Las calles tortuosas, los paseos,
las gráciles iglesias (entre ellas,
amazona incompleta, la más grande),
la serpentina lívida del río,
las tenazas abiertas de los morros,
el arco musical de la bahía,
la espesura del parque, el limonar...
y otra mujer, ya de verdad, que había
en un balcón abierto frente al mar.

La juventud fué para mí, en tus límites
¡oh ciudad luminosa! un arrebató
de vientos encontrados y difíciles:
Terral de mis pasiones africanas
desbocadas en ansias sin oriente.
Levante de mis altos ideales,
que me refrigeraba las pasiones.
Poniente de mis sueños presurosos
que no querían ceder ante la vida.
Vientos contrarios que me trastornaban
el corazón. Ternuras y violencias.

Un ardor animoso hacia la patria
queriéndola mejor, con sacrificio.
El amor como un fuego inapagable.
¡Cuántas veces tus calles me miraron
soñar bajo el fulgor de las estrellas
con una mano cálida en la mía,
al paso, ya inventando cosas bellas,
ya haciéndolas nacer en mi poesía!

Y cuántas, como un potro arrebatado
correr en busca del placer que huye,
entusiasmado y ciego, transitorio.
Y cuantas otras, obcecado y duro
alzar mi voz violenta y engañada
en un clamor brutal de negaciones.
Y otras, en fin, tocado por la gracia
invisible de un rezo de mi madre,
pedir misericordia en el silencio
de la alta noche, en tanto que mis pasos
sobre el desigual suelo resonaban
con un eco que yo no más oía.
Mi juventud vivió en tus avenidas,
en tus anchos espacios, en tus calles,
en tus patios y casas, su insegura
confusión. Y si surge en mi memoria
un recuerdo de aquellas horas plenas,
tú estás, ciudad, tan vívida en mi historia
como aún lo está la sangre de mis venas.

Fué un tiempo hermoso: el corazón dolía
de tanto amar. (Y aun no está cansado).
Eran los días de cálido abandono
a la inestable suerte de las horas.
Estudios y lecturas y poesías.
Crear, crear un mundo era mi antojo.
Y luego el griterío y la carrera,
el desorden sabroso, la pedrada,
la broma cruel, el gesto displicente.
Un amor me borraba todo eso,
las noches al alcance de mi mano,
el silencio en la playa en compañía,
las luces a lo lejos en la costa.
Tardes dominicales, ocio intenso,
copas sobre la mesa, vocerío,
la reyerta, el clamor de las mujeres...
y cuando retornaba silencioso
por la desierta calle, a la obligada
fuga del solitario apartamiento,
ya brotaba en oriente la mañana,
y llegaba, a pedazos en el viento,
desde un cuartel lejano, la diana.

Mucho amé, gocé tanto y sufrí mucho.
Canté hasta destrozarme la garganta.
Lloré más de una vez sin que me vieran.
Algo recé. Quedó algún verso puro
y alguna historia bella en mi memoria.

Cinco o seis nombres de mujer; alguno
con claros, luminosos caracteres.
No hay que decirlos. Tienen otros nombres
ahora. Y si a momentos me recuerdan,
más vale así: que puedan recordarme.
Una es hoy para mí como una brisa,
otra como una música; la otra
como una dulce siesta en franca sombra,
otra como un olor de fresca tierra.
Dios las bendiga a todas, tan lejanas.
Y a ti, ciudad, teatro de mis guerras,
capital de mis luchas sobrehumanas.

